



El Castillo de Arjonilla.

Arjonilla, villa de la provincia de Jaén, está situada en una llanura rodeada de colinas á cinco leguas de la capital. Es población cuyo origen se remonta al tiempo de la dominación de los árabes, en el cual fue aldea de Arjona, de donde le vino el nombre. Después de su conquista por el santo rey D. Fernando III quedó en el mismo término y sujeta á la jurisdicción de Arjona. El rey don Sancho IV hizo donación de esta aldea á D. Gonzalo Perez su capellán y secretario, y arcediano de Úbeda, el cual en 11 de mayo de la era 1331 (año de 1295) la vendió á la villa de Arjona en 8000 mrs. de la moneda de la gracia, y dieciséis cahises de cal, «salvo ende, dice la escritura, el uno forno que yo y he, et había y ánté que me el rey nuestro señor diese á Arjonilla, el salvo el derecho de las tercias y del almorjarlafazgo que yo tengo y en tierra de nuestro señor el rey.» En virtud de esta venta volvió Arjonilla á ser aldea de Arjona, y lo fué hasta fines del siglo XVI en que la separó de ella dándole jurisdicción propia el rey don Felipe II por cierta cantidad de maravedíes, en cuyo tiempo había llegado esta población á mucho auge y sus vecinos se habían enriquecido mucho.

Tiene esta población 494 casas, algunas arruinadas; iglesia parroquial de gusto gótico dedicada á la Asunción de Nuestra Señora, varias ermitas y establecimientos públicos. Su terreno es fértil y está distribuido en tierra de sembrar, y plantíos de olivar y viña.

Esta villa es célebre por la desgraciada muerte que sufrió en su castillo el trovador Macías, escudero del maestro de Calatrava don Enrique de Villena, cuya historia es bien conocida. Habiéndose prendado de una hermosa doncella que servía á este, logró verse correspondido con igual línea; pero procuraron ocultar su amor con el mayor secreto. Hallándose ausente Macías é ignorando el maestro los amores de su escudero y doncella, casó á esta con un principal hidalgo de la villa de Porcuna. A pesar de esta desgracia, Macías no se olvidaba de su amante, y aun se comunicaba con ella. Como el marido veniese á tener conocimiento de lo que pasaba, y no se atreviese á dar muerte á Macías por ser uno de los escuderos que mas estimaba el maestro, resolvió darle cuenta á este de la conducta de Macías. Llamólo el maestro, le reprendió gravemente y le mandó se dejase de

aquel deyaño; pero el Macías, á quien la contrariedad aumentaba la pasión, no desistió de servir á su señor, por lo que el maestro no hallando otro remedio, lo mandó llevar preso á la fortaleza de Arjonilla, lugar de la orden de Calatrava. Allí Macías componía versos para aliviar su suerte que enviaba á su señora, los cuales llegaron á manos del marido, y no pudiendo sufrir mas la amorosa perla del apasionado escudero, resolvió acabar de una vez con la causa de su celosa inquietud, y subiendo en su caballo armado de lanza y adarga fué á Arjonilla, y llegando á la prisión donde Macías estaba, vióle desde una ventana de ella, y arrojándole la lanza le atravesó de parto á parte, y cesó á ponerse en salvo al reino de Granada.

El cuerpo del desgraciado Macías fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina, en el castillo, antigua parroquia de la población donde fué llevada en hombros de los caballeros y escuderos mas distinguidos de la comarca. Sobre la sepultura pusieron la sangrienta lanza, y quedó allí su lastimosa memoria en una letra que decía así:

Aquesta lanza sin falla
¡Ay cantado!
No me la dieron del muro
Ni la pise yo en batalla;
¡Mal pecado!
Mas viéndolo á ti seguro,
Amor falso y perjuro,
Me frió, é sin tardanza,
E fué tal la mi andanza
Sin vóntura.

Esto escribe Gonzalo de Argote y de Molina; y Jimena en los anales de Jaén dice que en su sepultura se leía una letra que decía:

«Aquí yace Macías el enamorado.»

Lo que aun dice de la fortaleza está unido á una casa principal de la villa; pero se conserva la torre donde se sabe por tradición estuvo preso Macías, y es la que representa el dibujo que va á la cabeza de este artículo.

L. M. R. C.

CASTILLOS EN EL AIRE.

No sé si *llore ó no ría*: dice Marcela en la comedia de su nombre, en el que la doble andanada de lamentaciones y desvelos que le dirige *El mendigo D. Amador*, viendo desheñado su amor: no sé si *llore ó no ría*, digo yo cuando reflexiono sobre el epigrafe de este artículo; y tan indeciso estoy á él, que mientras mis libros se abren, para leer, mis ojos se elevan para llorar; y realizó la sentencia ó máxima de no sé qué sabia que dice: *la risa y el llanto andan juntos*. Entre esta risa y este llanto, como si dijéramos entre aguas, me pregunto mas de una vez: ¿es tan desgraciada la gran familia humana que, no encontrando en el reducido paleoque de la realidad goce positivos capaces de hacerle llevadera la vida, tiene que remontar su vuelo á los espacios imaginarios y que pedir á la fantasía lo que la realidad le niega? O, por el contrario, ¿es tan feliz que no necesita sujetarse á la regularidad y estrechez de los gozes reales, porque los encuentra mas grandes, instantáneos y seductores en la imaginación que crea, y en la voluntad que determina? La solución de este dilema pondría de manifiesto la santidad de la felicidad humana; pero no intentaré resolverlo por temor de que me suceda con esta hermosa humanidad lo que sucedería á un cirujano que viera morir á una mujer extraordinariamente bella, y, seducido por los encantos de una tez fresca y nacarada, quisiera extraerle los mayores haciendo una autopsia detenida de la que acababa de morir. Figúrese el curioso lector lo que encontraría el cirujano, y comprenderá que yo hago bien en no aproximar mi escalpelo á la señora humanidad. Contentome, pues, con saber que forma castillos en el aire, y me preparo á recorrerlos con la intrepidez de un aeronaute.

Sé que existen muchos castillos; toda la humanidad los hace; pero me encuentro algo indeciso al querer emprender mi viaje, pues no sé por donde empezar. Cualquiera mal intencionado ó burlon me dirá que comience por el principio; pero es el caso que no sé cual es el principio, y esta duda origina mi dificultad. ¿Es el principio el empujón ó el mendigo? ¿el mas encorvado ó el mas abalido? ¿Se empieza á contar por abajo ó por arriba? Quien me responde á estas preguntas me sacará del atolladero. ¿Pero quién ha de responderme? Mi tintero y yo estamos solos, y mi pobre tintero no habla. Cuando nos ponemos á escribir, porque entre mi tintero y yo lo hacemos, él da la tinta y yo las ideas. Por fortuna su tinta es negra, mis ideas son negras tambien, y nos hallamos en perfecta conformidad. Si la tinta de mi tintero se tornara un dia de color de rosa, permaneciendo negras mis ideas, ó mis ideas fueran verde esmeralda, quedando negra la tinta de mi pobre tintero, ¿qué desacordes manifestáramos y qué alboroto saldría cuanto escribiríamos los dos! Pero nada de esto tiene que ver con el objeto de mi artículo; y, ya que no encuentro quien me responda, tomo un partido decididamente por el mendigo, mas próximo á mí que al empujón; pues la pobreza y la poesía nacieron hermanas gemelas, y hermanas gemelas morrán, y se presentarán juntas el dia del juicio, y tendrán el mismo destino, yéndose á cantar á la gloria ó á clausurarse á los infiernos, según hubieran merecido por sus buenas ó malas obras.

Decidido, pues, á empezar como se empiezan los castillos, por lo mas proximo, me dirijo á las verjas del jardín Botánico, y reclinado contra un árbol, porque temo sentarme á causa de unos vivientes pequeñitos que otros vivientes suelen dejar sobre los asientos de piedra, procuro leer el pensamiento de un hombre de sesenta años, cubierto de andragos, de cienienta barba, cienientos cabellos, ojos hundidos, frente arrugada y cuerpo encorvado; este hombre es un miserable mendigo. Bajo su capa remendada pesan de una mano á las limosnas que ha recogido en todo el dia, y hace, después de haber cenado hasta el último ochavo, la cabeza con clara expresion de disgusto. Sin embargo, esta triste expresion va desapareciendo poco á poco, y se omea la risueñidad del mendigo con el fuego de la esperanza. «Ha recogido, murmura á media voz, porque el mendigo piensa hablando, seis cuartos de limosnas, y con seis cuartos no tengo para nada. Si compro con ellos una libra de pan y una poca fruta ó un trago de vino ó aguardiente, tendré que dormir esta noche al caso, y las madrugadas de enero son tan frías que puedo helarme como un pájaro. Tristísimo suerte es la mía, ó no comer ó no dormir bajo techo. Pero todavía no es muy tarde, y bien puedo recoger cuatro cuartos para la cama, destinando los seis que poco á mi dondita. Mas con seis cuartos se come tan mal... no se come nada caliente. ¿Pero quién me ha dicho que no llegaré á reunir doce cuartos y medio; cuatro para la cama y ocho y medio para un puchero de á rod? De seguro venia los doce cuartos y medio; y con ellos comeré y dormiré como un príncipe. ¿Por qué no he de reunir diez y seis cuartos para destinar tres y medio á calentarme: con un traguillo de aguardiente? Es claro que puedo reunirlos; y tambien puedo reunir diez y ocho y comprar

los cuartos de tabaco; y tambien puede pasar un caballero de esos que dan media peseta, y entonces podrá ahorrar cinco cuartos. Aquí se detiene el mendigo, porque el bello ideal de un príncipe consiste en cubrir las necesidades del dia y ahorrar algo para el siguiente. En el caballero generoso se presenta, como tambien el mendigo á dormir á cubierto; si no recoge mas limosna que los seis cuartos, come mal y duerme al aire libre; pero si no se le olta como el pájaro vuelve á imaginarse al dia siguiente que pasará la noche como un príncipe.

Vamos á pasar del castillo mas reducido al mas gigantesco, del hombre mas libre, el mendigo, al mas esclavo, el recluta. Sobre el suelo del pobre recluta pesan dos yugos que apenas podrían sostener los hombres de Atlante, el de la ordenanza y el de la ignorancia. Se vé sujeto de repente á una legislación severa que no comprende, y á unos ejercicios que tarda mucho en aprender; y sin embargo en la forma una serie mas completa y larga de castillos. Vé el recluta como todo que lo recibe en el depósito, y se enamora de sus galones de oficial; el recluta no duda un momento que será oficial al dia siguiente. Empieza á instruirse, y los ginetales del sargento instructor fijan sus miradas; el recluta cuenta con tener á los dos ginetales sobre los hombros. La primera vez que se presenta al capitán de su compañía vé con asombro las dos brillantes charreteras; el recluta se promete para dentro de un año ser un apuesto capitán. Se acerca después al comandante y al coronel; el recluta se ofrece á sí mismo estos empleos, haciéndolos cuestion de tiempo. El brigadier, el mayor de campo, el teniente general y el capitán general de ejército se van presentando á los ojos del recluta sucesivamente; y aunque no ha sido cabo en un dia, sargento en un mes, un capitán en un año, se porfajás y entorchados, el sembrero de plumar blanca y el basto de general en jefe. El recluta que así ha soñado mucho ó recien su licencia de soldado ruso nada mas; pero si se enojaucha nuevamente, persigue con los mismos sueños.

Como presentado dos tipos de la mitad sea del linaje humano, justo será dedicarse un poco á la hermosura. No vamos á buscarla por lo pronto entre el humo de pebeteros cuajados, sobre alfombras turcas, ni rodeada de espejos y cortinas de seda: la queramos ver entre el humo, tambien obscuro, de los azules y de los blancos, sobre una alfombra de plumas de pollos y perdices, y rodeada de cubrederos pucheros. La cocina es en dos cocina: los personajes la cocinera y una doncella de labor.

Cocinera. — ¿Has peinado á la señora?

Doncella. — Hace mas de una hora; y le he probado tambien el vestido que debe llevar el domingo al baile de la madona de...

Cocinera. — ¿Y qué te parece? ¿es bonito?

Doncella. — Precioso.

Cocinera. — ¿Será tu bonito como el mio de postal eclesial?

Doncella. — Ya lo creo.

Cocinera. — Tambien pienso estrenarlo el domingo para el baile de...

Doncella. — ¿Puedas ir al baile?

Cocinera. — Sin falta. No repusate el domingo pasado en andar tocando la gampela que me sacó á bailar tres veces?

Doncella. — ¿Aquel de la garrilla azul y el pantalón verde?

Cocinera. — El mismo. Quedamos citados para el domingo próximo.

Doncella. — Lo mismo me sucedió á mí con aquel del gallo azul.

Cocinera. — Noz vamos á divertir muchísimo.

Doncella. — Y nos mudan hoy temprano.

Cocinera. — A las tres en punto.

Llega el domingo, llueve y bruma: la cocinera y la doncella no pueden ir al jardín; pero aplazan su diversion para un día después, sin acordarse de que llueve mucho los inviernos.

Y en tanto que la cocinera vivecina y la doncella sevillana dialogan, la defendida señorita á quien para, viste y perfuma la doncella y la cortada almendra, reclinada negligentemente en un sillón de tocador tiene con su pequeño pie una alfombra de Barcelona, y en un monólogo, que nunca baja desde el pensamiento á los ojos, dice: Ayer tarde vi en la Castellana á la joven duquesa de... siempre alegre, siempre elegante, siempre obsequiada. Era su tren de mejores del puse, y al verla recordé que su vida era una fuerte desilusionarse sobre césped y gasas flores. Palco en los mejores coliseos, amigos á comer, teatro... Era bastante rica, y luego casó con el duque... Yo no soy tan rica como ella; pero soy mucho mas hermosa. El duque de... me lo repitió muchas veces en el último baile del marqués de... y el duque de... es sumamente rico. Estuvo un día, tan amable; pasó á mi lado la mayor parte de la noche, y no puso muy buena cara cuando me sacó á bailar el conde de... Si yo fuera duquesa de... viviría en su palacio, que es magnífico; amueblaría mis habitaciones á lo Adriana de Carlos III; tendría seis doncellas, muchos lacayos, un palco en cada coliseo, una berlina, una carreta y un landó... una americana tambien, para mi uso particular; ocho caballos de tiro magníficos, dos de silla... Tendría gentes á comer todos los días,

terre teñidas y algunos caprichos... En una palabra, superaría en todo a la duquesa de... porque sería más rica, y como indudablemente soy más hermosa, tendría muchos más adoradores. Y, bien aleada, está en mi mano el realizar tan hermosos sueños; mañana noche voy al duque en casa de la condesa de... me hará la corte, como de costumbre á poca que yo le estimo, me declarará francamente su amor; pedirá mi mano, y se la concederá al momento, nos casaremos, y quizás antes de dos meses daré magníficas fiestas. Y aunque el duque pasó toda la noche al lado de la condesa de... la linda joven renovó su castillo, preparándose para otro baile.

El codo sobre su bufete, la frente sobre la mano izquierda, en la derecha una pluma de ave recién cortada, y una cuartilla de papel sobre una cartera de periódicos, está un hombre joven, que quiere escribir y no escribe, que no quiere soñar y sueña. Este hombre es un obrero del pensamiento, como se han apodado algunos escritores franceses, queriendo adular al socialismo para entronizar la monarquía. «Siglo á un tiempo de oro y de oscuridad es el en que vivimos, dice, tirando líneas con la pluma sobre su cartera de papel: siglo de oro, porque la riqueza es el ídolo de una sociedad sin fe ni esperanza; siglo de oscuridad, porque la virtud y el honor son dos mitos, que nuestra generación coloca en el número de las fábulas. En un siglo de adelantos materiales, los gozos se han materializado también: y como la materia se compra, para gozar es necesario tener una parte del ídolo. Soy hombre de letras: las letras suelen dar más gloria que oro; pero la gloria puede contarse como una de tantas mercancías y puede reducirse á oro. El mundo confiesa que poseo una de las grandes palancas capaces de mover en sus cimientos las sociedades; esta palanca es el talento. Busque el punto de apoyo que pedía Arquímedes, y haré rodar el mundo á mi antojo. Un filósofo ha dicho que llegaré el tiempo en que una idea haga retroceder á una bala de cañón: quizá yo tengo en mi cerebro esta idea. MirabEAU era indudablemente un gran poeta, y dió impulso á una revolución político-social, que ya avanza y ya retrocede, pero que no se para nunca. Napoleón era otro gran poeta, y poniendo las ideas á las balas y las balas á las ideas, calculó matemáticamente el adelanto y el retroceso y estableció un equilibrio á su manera; manejando con la mano derecha la espada de César y Alejandro, y con la izquierda la pluma de Solan y Lieurgo. Yo tengo la cabeza ardiente y el corazón frío de MirabEAU: yo tengo la cabeza fría y el corazón ardiente de Napoleón Bonaparte. Yo puedo ser el río que destruya y la piedra angular que sirva de clave al edificio. Puedo ser MirabEAU y Bonaparte: tola la grande y lo mediano que vaia entre estos dos hombres. Yo quiero ser todo lo que puedo; luego debo ser lo que quiero.» Y el pobre poeta deja de hacer rayas sobre su cartera, para plantar letras sobre la cuartilla de papel que tiene delante: porque la esperan los cajales, y él espera el escaso premio que conceden á su trabajo. Y como el premio es muy escaso, no posee nunca una parte del ídolo llamado riqueza; y como no dispone del ídolo no puede pagar los gozos materiales: y como el siglo solo tiene gozos materiales, no goza, pero continua siendo poeta, y entre cuartilla y cuartilla de original tira líneas sobre su cartera y hace castillos en el aire.

Desde el modesto gabinete del obrero del pensamiento podemos trasladarnos al sibilítico tocador de una aristócrata opulenta. No es necesario que adunemos sus tapices, cuadros, alfombras, divanes, espejos, porcelanas; solo debe llamar nuestra atención una mujer de treinta y cinco años, que emplea en su tocador las mas delicadas esencia y las pomadas mas suaves. Cubierta de lazos azules representa diez años menos; y cree, sin átomo de duda, que no ha de menguar un solo punto su juventud y su belleza. Y aunque pasan dias, y cada dia añade un cabello blanco á sus trenzas; aunque pasan años, y cada año forma un plieguecillo en su faz; aunque pasan lustros y vé que la abandonan sus amantes, sin que se presenten otros nuevos, cada dia que se vé cubierta de sus aromáticas pomadas, se cree mas jóven y mas bella; con una hermosura creciente, con una eterna juventud.

Está el banquero en su despacho, el ministro de hacienda en el suyo; ambos á dos hombres de números, dedicados á las ciencias exactas, y por lo tanto parecen justo que los dos formaran sus cálculos con la mayor exactitud. Trata el banquero de aumentar sus parientes intereses, ó lo que es lo mismo, de arrancar un pedazo de piel al zorro: trata el ministro de defender los intereses del estado. Los dos han pasado los horas haciendo números y cifras: los dos tiran la pluma al mismo tiempo: los dos están con el mismo júbilo: «El negocio da tres millones de ventaja.» El banquero se viste apresuradamente, y media hora despues se presenta en el despacho del ministro. Reunidos los dos aritméticos, discuten hora y media las condiciones del contrato; y por una rara coincidencia, despues de mucho discutir convienen en las mismas bases que habian fijado cada uno en sus respectivos despachos. El señor ministro y el señor banquero se separan muy satisfechos, dirigiéndose mutuamente una sonrisa que

quiere decir: «Te has equivocado.» ¿Cuál de los dos habrá edificado su castillo en el aire?

Sería demasiado exigir al candidato para diputado que no despreciara sus votos y redajera á la mitad de su terrible antagonista. Pensaría en lo escusado que era pidiérselo á una actriz que no pensara en causar entusiasmo con una obra, y que si el público no aplaudiera dejara de echar toda la culpa al pobre autor. ¿Qué diplomático no se cree un millón de veces mas sutil que aquellos con quienes discute; aunque lo hayan engañado un millón de veces mil veces? ¿Qué hombre de elevada á la condicion de señora no está enteramente persuadido de que llamará la atención por sus maneras elegantes? ¿Qué hombre de oscuro nacimiento no se figura que hará olvidar pronto su origen poniéndose un manto de conde? ¿Qué mujer liviana no cree que ocultará sus liviandades si se colija con el manto de una refinada hipocresía? ¿Qué hombre de boca que se tasma muy alto y que no encuentran comprador; no cree que, achicando la de los demás, aumenta su propia estatura? ¿Qué banquero, próximo á quebrar, no está persuadido de que aumentando su bato aleja el momento de su caída? ¿Qué hombre de mérito dudoso no se forza un enemigo oculto, á quien se propone vencer para remontarse hasta las nubes? ¿Qué bailarina no está segura de poner su triunfante pie sobre el cuello de su rival? ¿Qué fan no espera mejorar su rostro aguardando ó entufeciendo? ¿Qué solterona no ve un amante en cada hombre que la mira? ¿Qué general no da por ganada la batalla que piensa mandar al día siguiente? ¿Qué tonto no hace el doble castillo de concederse talento y de quitárselo á los que realmente lo tienen? ¿Qué amante no cree engañar á su amada y vice-versa? En una palabra, ¿qué hombre ó mujer no forma castillos en el aire desde el emperador al mendigo?

Hemos hablado largamente del mendigo y de otros muchos mas altos en la estensa escala social; para terminar nuestro proyecto deberíamos ocuparnos ahora del emperador ó emperatriz; pero casi nos detenemos, porque á esta suprema gerarquía apenas osan remontarse los castillos de todos los demás humanos. Y, sin embargo, quizás nadie está más dispuesto á formar castillos en el aire que esta monarquía de las sociedades humanas á quien llamamos emperador. Casi podría apostarse mil contra uno que Carlos V, de gloriosa memoria, edificó mas de una vez junto al inmenso alcázar de la monarquía universal el castillo del caballero andante, como Roldán, Amadís ó Bayardo, ó el del trovador como Ausias Mas ó el tierno Machos. En las misérrimas, ancho palenque abierto á las mas bizarras fantasías, se habrá treido mas de una reina, simple alcama de la Escocia, la Calabria ó el Tíbet, y quizás hubiera dado entocete mas de la mitad de su corona por ver realizada su quimera.

Mientras en el alma del hombre nazcan, crezcan y se desarrollen los deseos, pujante agitación de la esperanza, y la esperanza, rodando estimiento de los deseos, no dejará de edificar hermosos castillos en el aire; porque los castillos en el aire son los monstruos de las realidades históricas; si se los permite esta manera de expresar nuestro pensamiento; como las sirenas son los monstruos de los animales marinos, y el Pegaso el de los caballos.

¡Animo, humanidad! para edificar un palacio de ladrillo y piedra como el de la plaza de Oriente se necesitan muchos años y algunos millones de duros; para edificar un palacio en el aire tan bello como el de las hadas bastan diez minutos y una buena imaginación. Escucha las mujeres con el amor; las poetas con amor y gloria; los políticos con la ambición; y los avaros con el oro, que de oro, ambición, amor y gloria, edificarán un soberbio castillo en el aire.

JOAN DE ARIZA.

DON ALONSO III DE FONSECA.

El siglo XVI fué para España la época de los álbos y de los negros. La península era la monarca de ambos mundos. Las conquistas extendían la civilización española, y el magisterio de las aulas robustecía la unidad del Estado y de la Iglesia. En esta época, una ruidosa del interior dió á la nación una de esas inteligencias privilegiadas que comprenden el espíritu de su siglo y dirigen sus esfuerzos á realizar una transición política ó religiosa.

En 1474 nació en Santiago (Galicia), patria del jurisconsulto Bernardino y del arzobispo Gelmírez, D. Alonso III de Fonseca. Hijo de doña María de Ulloa, señora ilustre, que pertenecía á la distinguida casa de los condes de Monterey. La historia apenas hizo mención de este príncipe respetable: Empere la enseñanza pública le dobo inmensos beneficios. Hasta mediados del siglo actual se ha recordado á su memoria como el espediente de competencia entre la Universidad y el Colegio ma-

yor de Santiago: en la actualidad la exacta apreciación de los hechos y el examen elevado de sus fundaciones reclaman para D. Alonso III de Fonseca un lugar privilegiado entre los españoles célebres del siglo XVI.

Su primera biografía fué publicada en nuestros días (1); mas que una biografía, es una reseña necrológica escrita con laboriosidad erudita. Tiene sin embargo el mérito de la novedad y el interés de una esitación á los hombres de letras. Nosotros hemos llevado á cabo el examen científico y literario de esta ilustre sacerdoté (2), y al recibir el pláceme de las personas inteligentes, reconocemos que ya era popular entre los eruditos de España el nombre de D. Alonso III de Fonseca. Empero hemos apreciado únicamente las dotes científicas y literarias del arzobispo de Santiago y Toledo, y debemos completar su biografía en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO.

Antes de la enumeración, hasta ahora inédita, de las fundaciones y obras pías de Fonseca, copiaremos á continuación algunos párrafos del mencionado examen que abrazan los períodos mas importantes de su vida pública.—D. Alonso III de Fonseca, no solo es el padre de los pobres—hemos escrito en las MONOGRAFÍAS DE SANTIAGO (3)—según la ingenua confesión de sus contemporáneos, sino tambien el padre de los estudios, el padre de los sabios. Como personaje político, hace valer en las Cortes habidas en el convento de San Francisco de Salmi-



(El cura de Fruite.) (4)

go en 1520 la significación política de su patria, y como antiguo discípulo de la escuela de Salamanca, como distinguido humanista,—lo cual equivalía á ser en el siglo XVI hábil teólogo y eminente sacerdote—combate desde la retirada cámara del palacio arzobispal de Toledo al deslito de la catedral de Rotterdam, al precursor de Martín Lutero, á Desiderio Erasmo. D. Alonso III de Fonseca se familiariza con los eruditos, escribe en latín, felicita en romance, se relaciona con los literatos, socorre las públicas necesidades, sostiene controversias canónicas con el primado de Toledo desde su silla metropolitana de Compostela, lleva la instrucción pública hasta los confines de Galicia, á la villa de Monterrey, señorío de sus elevados progenitores, y elige por secretario suyo á un discípulo sobresaliente de Luis Vives (5); es á la vez el hombre del Estado y de la Iglesia, el sacerdote ejemplo y el pensero del pueblo, el hablata correcta y el orador profundo. Santifica en Sevilla la union matrimonial entre los augustos representantes de España y Portugal, y bautiza á Felipe II en Valladolid.

D. Alonso III de Fonseca se matricula en la universidad de Salamanca, centro intelectual de la juventud española. En 1480 acepta el

título de colacion de la cuarta parte de la curia de San Jorge de la Coruña, y es nombrado despues arcediano de Covadonga por el cabildo de Santiago. En 1506 ocupa la silla metropolitana de su patria. Desde esta época el hombre político y el hombre científico se reasumen en el hombre de la Iglesia. Recuerda á Jimenez de Cisneros, y la memoria del cardenal-regente será siempre una alta lección para los hombres de esclarecido talento. En 1520 y 1521, como primer consejero de Fernando nombrada por el emperador Carlos V, recorre algunas provincias de España para aplacar la rebelion nacional invocada en Castilla por las Comunidades, y en Valencia por la Germania. En 1521 funda el colegio de Santiago Alfonso en Salamanca; en 1521 funda el colegio de Santiago Alfonso en su patria. Desde entonces se enseñan las facultades mayores en la antigua Compostela. La universidad de Santiago es el estudio general de Galicia. En 1524 ya habia sido elevado á la primera dignidad de la Iglesia española, ocupando la silla primada de Toledo. A los cincuenta años habia completado su honrosa carrera de humanista, político y sacerdote. A esta edad las vulgaridades apenas llegan á la primera gerarquía.

A pesar de las graves atenciones de la vida política y eclesiástica de Fonseca, no se aleja del ameno y delicado trato de las bellas letras. Los estudios filosóficos y literarios combalzan sus horas de reposo; ya escribe cortas fionduras en romance como la divina desde Salamanca al doctor Villalobos, ya escribe epístolas en latin exortando como las enviadas desde Madrid al célebre Desiderio Erasmo.

Con la sustitucion de los colegios de Santiago Alfonso y San Gerónimo, generaliza los estudios en Galicia, proporcionalmente á la juventud ilustrada y menesterosa franca entera para las demandas de la Iglesia y del Estado. El distinguido calibro de los hijos celobres del colegio mayor llamado vulgarmente de Fonseca, empieza en los últimos de arzobispo de Santiago y Toledo. A la par de los colegios, otorga privilegios á inmunidades para su patria despues de la vida intelectual couda de la vida política de Santiago. No emplea sus lecciones en la magnificencia fastuosa que servia entonces de modelo para el estado. Los menesterosos recibian de su mano con frecuencia la dóctra evangelica. No malgasta su significación política en las complicaciones palaciegas que sobrecaban los altos dignatarios al solio ó al destierro.—Las ciudades de Santiago y Salamanca se libran de los tributos impuestos por el rey, adquiriendo Fonseca las rentas suficientes para su indemnización. Los naturales de su patria están tambien exculos de cualquiera pena ignominiosa.

En la iglesia de la Guardia (Galicia), costea el retablo donde se representaba la vida del santo inocente que habia dado nombre á la población; en la de Toledo consigna cuatrocientos mil maravedís de renta para las dotes de doncellas huérfanas; en la capilla de la Concepcion de Nuestra Señora de la misma iglesia funda una capellanía con una dignidad servida por diez capellanes; en la construcción de la torre y mejoramiento de la fortaleza de San Tamez gasta cuarenta mil ducados, y en Santiago renueva el claustro de su catedral, como he atestiguan los escudos de sus armas que se refieren en una de sus piezas (1). En la librería de los colegios de Salamanca y Santiago emplea la suma considerable de doscientos mil ducados.

Don Alonso III de Fonseca falleció en Alcalá de Henares el miércoles 4 de febrero de 1554. Su testamento fué otorgado en 1551, y su codicilo en 1554, á los sesenta años de edad. Sus cenizas se depositaron en la capilla mayor del colegio de Salamanca.

Los años despues de su muerte se concluyó la librería del colegio mayor de Santiago, bajo el cuidado y diligencia de los testamentarios de Fonseca.

Las ciudades de Salamanca y Santiago solemnizaban su memoria con un aniversario, al cual asistía el cabildo, la municipalidad, los gremios y la clerecía, celebrada en cada una de las capillas pertenecientes á los colegios mayores que llevaban su nombre. En nuestros días desapareció este respetuoso homenaje de la posteridad. Se han suprimido los colegios, cayeron en desuso los aniversarios.

Alora se encargará la historia de justificar el merecido renombre de Fonseca.

En la cronología de los españoles célebres del siglo XVI se debe colocar el nombre de D. Alonso III de Fonseca despues del cardenal Jimenez de Cisneros.

Nosotros hemos procurado rehabilitar su memoria por medio de una apreciación imparcial de la influencia que ha ejercido en la civilización española.

A falta de una estatua, de una lápida, del nombre de una calle que duraria algunos siglos, el escritor ha publicado un libro, un capítulo, una monografía que durará algunos años.

Salamanca 8 de marzo 1881.

ANTONIO NEIRA OR MOSQUERA.

(1) El Sr. Neira y Mosquera, padre del autor de este artículo, lo publicó en el suplemento del Diccionario histórico (Barcelona 1830) entre otras biografías de los hijos célebres de la del Sr. Fonseca, escrita con el buen gusto y sana crítica de un hábil hombre de letras.

(2) Véase el artículo I.º de las MONOGRAFÍAS DE SANTIAGO que continuamos publicando en esta revista.

(3) Pág. 15 y sig.

(4) En el número 8 de este año hemos dado el retrato de Don Alonso de Fonseca; en esta página presentamos el del cura de Fruite, cuyo dibujo me llegó oportunamente á mis manos.

(5) El célebre humanista Juan de Vergara.

(1) Estas cosas constan en la historia cronológica de los polígrafos de España que el autor cita en poder del cura de estas líneas.

RELACION

entre las costumbres y los escritos de Lope de Vega.

«Con dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura y algunas «libros, vivió sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza, venciéndolo de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la «misma confusión, alegre en la necesidad, y si bien inierta del fin, «no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía caminó por don- «de más me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de «la estumbla y las trampas de la envidia.»

Así describía su carácter el ingenioso poeta español Lope de Vega en la dedicación que hizo de su comedia *El Alcalde Mayor* á cierto «cunco, residente en la ciudad de Méjico. Con tales costumbres y con «tal manera de pensar es claro que sus versos nacieron en la sencillez y «tranquilidad de ánimo, en la práctica de las virtudes, en el desprecio «de las riquezas, y en la admiración de la hermosura.

Lope de Vega manifestaba sinceramente sus sentimientos. Por eso, «cuantos más bellos son los objetos que describe, los pinta con mayo- «res encantos y atractivos. La inocencia de las aves, los afectos de un «amor puro, la belleza de una doncella, las galas de las flores, hijas del «mayo, y las mansas corrientes de los ríos y de los arroyos, se hallan «tratados en sus escritos con la sencillez de la verdad, con fluidos y «suavísimos versos, y con palabras y frases más suaves todavía.

En el vario discurso de su larga vida, así «seglar como sacerdote, «Lope de Vega se dejó regir constantemente por el amor con que as- «piraba la justicia, la razón, la virtud y la hermosura. Ni la ira podía «resarle el calentamiento hasta el punto de vengarse por medio de las «vivas las pretensas injurias, ni la codicia desviarlo de la honestidad «de sus costumbres.

Siguió se quejaba de la corrupción de Roma, y de la venalidad y «cobardía de los que desempeñaban cargos en la república; pero tuvo «que salir del mundo por sus vicios y por su insaciable aed del oro, por «hacer medios solicitudo y adquió. Lope de Vega celebraba la «sencillez de las virtudes y los encantos de un espíritu tranquilo en el «reposo y en la contemplación de la naturaleza, y ejercitaba en su vi- «vir lo mismo que tan debidamente describía en sus obras poéticas.

El salueto, senador romano, era muy distinto del autor de las «admirables historias de la *Conjuracion de Catalina* y de la *Guerra de «Fugardo*. El Lope de Vega, sacerdote español, no se diferenciaba del «poeta que tan bien sabe encerrar en sus escritos la sencillez de vi- «vir y el ejercicio de las virtudes.

Cuando «seglar, compuso una comedia titulada *El asalto de Maes- «tricht* para celebrar la victoria que recientemente habían adquirido las «armas españolas en los Países-Bajos, donde corrían entonces tantos «arroyos de sangre, y donde tanta gente de nuestra nación iba á pere- «cer en defensa de las ambiciones de la casa de Austria.

Acreditó, ó más bien tuvo el poco «seglar de poner Lope de Vega «entre las personas que representaban en su comedia un altoce de «los que más se habían distinguido en la presa (como en aquel tiempo «se decía sin ironía en galicismo) de la plaza de Maestricht. El actor en- «cargado de recitar el papel era de una persona. Terminada la re- «presentación de la comedia con feliz suceso, cierto hidalgo muy desca- «dido y enojado llamó aparte al huero de Lope, y le dijo que *había si- «do muy mal término dar el papel del alférez* (que era hermano suyo) á «un *comedante tan villano de calle y de tanta robardía en las monras,* «cuando su pariente tenía buena *privación y gran espí-itu, según lo mos- «traban sus proesas*. Lope al oír querrela tan estraña, se escuchó la me- «jor que pudo en tan inesperado trance. Pero el hidalgo no se satisfizo «con sus escusas, y así le previno que si no entregaba el papel á otro «representante, desde luego se diese por *dosado*. Lope, hombre «pacífico é inofensivo, al escuchar tales bravatas, ofreció cumplir lo «que el hermano del alférez tan vivamente solicitaba. Dió el papel á «otro actor de buen rostro y mejor *talle*, y le encargó que fuese mu- «chos ademanes de valiente, con lo cual se serenó el hidalgo, y en vez «de acuchillar al poeta, le otvió unos regalos (1).

Esta suavidad del carácter de Lope de Vega, en la edad viril y en «un tiempo en que la educación y las costumbres exaltaban los «leñas, perjudicó igual aun en los días de la vejez, cuando los acha- «ques, los desengaños de las vanidades del mundo y de la constancia de «los amigos, y la gran fama, pudieran haber agriado su condición y «engendrado su orgullo.

«El hombre humilde y mal advertido desalió á Lope, bálándole en «resueta que ya los hábitos eclesiásticos le censaban la respuesta. «Notó el que desaliaba, y enojado más con su

«silencio, le dijo: *Et, salgamos fuera.*—*Vamos* (dijo Lope, poniéndose «con mucha aspiedad al mantle), *vamos, yo al altar á decir misa y «vamos merced á ayudarlos a ello.*»

Esta refiere Fr. Francisco de Peralta en un sermón, predicando en «las exequias de Lope (Madrid 1655), obra bastante rara.

Lope de Vega era además un hombre modelo de modestia. Ni los «aplausos lo engracian, ni la estimación universal lo cegaba. Para él «fueron tormentos irresistibles las honras merecidas que le tributaban «por su ingenio los reyes y los grandes.

Su íntimo amigo y compañero inseparable el Dr. Francisco de «Quintana, autor de varias novelas y poesías, celebradas en aquel «siglo, prefirió también en otras exequias de Lope. En su sermón, im- «preso igualmente en Madrid el año de 1655, hay curiosísimas noti- «cias acerca del carácter y costumbres de Lope de Vega. Ninguna de «ellas ha sido conocida por los biógrafos de este esclarecido ingenio, «porque el original del elogio *Ídubre* de Quintana es de una rareza su- «perior.

Véase cómo describe un constante amigo de Lope su modestia: ««Los príncipes, así eclesiásticos como seglares, le veneraron y aun «le desearon, quejándose de que no los visitase; pero él se postraba «con templadamente en estas honras, que á la queja de un príncipe «agrande eclesiástico, de que no le visitaba, respondió: *Yo viera más neci- «dad nuestra Ilustrísima, si me hiciera menos honras cuando le vea.* ««Secretario fué en su juventud de dos príncipes grandes, y cuando «estaban más su persona, los dejó por huir de las honras y este- «naciones de sus familias; y estaba tan desengañado de este «género de favores, que solía decir: *don á las figuras de los reyes «de palacio, tuiera lástima si lucieran sentimiento.* Tuo templado «fué en esta parte, que siendo así que estuvo en el servicio de un ge- «neroso príncipe... y estando en estado que pudiera como amigo gozar «de sus favores, no quiso pasar por ello, sin estar primero escrito en «los libros de los criados de su casa. Cuando salía de la suya, llegaban «mil diferentes personas á verle, conocerle, y decirle varios encareci- «mientos de sus escritos, y con tanto aliento repetía estas estimacio- «nes, que después de haberse cubierto en anciano rostro de vergüenza, «introducía diferentes razones en orden á que cesasen sus alabanzas; «y si, no obstante esta diligencia, proseguían, dejaba la conversación «atendiendo por mejor parecer descortés que dejar de ser en tantos ho- «noros magnánimo.»

Este desprecio de la próspera fortuna y de las pompas mundanas, «este ánimo igual, esta confianza en su grandeza, y esta modestia, hijo «de la sabiduría, descubren en Lope de Vega al poeta eminente, cantor «de las bellezas del mundo.

Lope al propio tiempo cumplía constantemente con las obligacio- «nes que se había impuesto, sin que nada hubiese de bastante poder «para desviarlo del desempeño de sus palabras. Pertenecía á una con- «gregación, destinada á socorrer á los sacerdotes pobres, á negociar su «libertad cuando corrían por los rigores de la contraria fortuna en tier- «ras de infieles, y á repartir de limosna á los que fallecían sin haberla, «y la cual en ninguna manera permitía que manos de seculares tocasen «á los difuntos eclesiásticos. «Ofrecióse enterrar (dice el citado amigo de «Lope) en el hospital general á un sacerdote pobre, y vimos que Lope «de Vega se quitó el manto, y aunque se lo quisieron estorbar al- «gunos por reservar este trabajo á sus años, entró en la sepultura, y «recibió piadosamente el caláver, salióse fuera, y comenzó á cubrirle de «afuera con el instrumento allí diputado para este ejercicio.»

De este modo el gran Lope de Vega daba el admirable espectáculo «de un hombre, bisonjando por los aplausos universales, despreciando el «orgullo y siendo vencedor de sí mismo, sin que la mucha edad, ni «las atenciones y cuidados de sus amigos pudiesen separarlo del cam- «mino de los que él consideraba como deberes de su conciencia.

Lope, además, fué notable por su caridad verdaderamente evan- «gélica. En su casa siempre tenía puesta cantidad de dinero sobre la «mesa para que el viado no tuviese necesidad de pedirlo, ni tuviese «amos que hacer que darla en llegando el pobre á la puerta. Tal decía «de la caridad de Lope el citado Quintana.

Otra de las acciones notables de Lope en este punto está referida «también por su íntimo amigo en las palabras siguientes: ««Llegó un «vez un sacerdote pobre... Llamó á la puerta, no había en casa «quien respondiese, saltó él mismo y vió que el que llamaba (so- «bre pobre sacerdote y viejo) llevaba la indecencia de un esque- «voso sombrero. Miró si tenía qué darle; no se halló con cosa consi- «derable, y llevado de su piedad, quitóse el sombrero que traía en la «cabeza y púsosele al pobre. Sinpese necesariamente este suceso, por- «que no pudo salir de casa con los amigos que le asistían (terceros he- «chos esta verdad), hasta que uno de ellos hizo diligencia para que le ««llevaran otro.»

Con esta resolución tan afable, tan caritativa, tan generosa, parecía «á ejercitar el bien, sensible ante la desdicha lo mismo que ante la her- «mosura, acostumbrada á la sencillez de las costumbres, llena de de-

(1) Lope refiere este suceso en uno de sus merelas.

licados afectos, no mancillada con los crímenes, Lope de Vega había de escribir necesariamente versos de una suavidad extraordinaria, y ser uno de los pintores que han sabido mejor retratar los encantos de la naturaleza.

En la parisina comedia *Max vale salto de mata que ruego de buenos*, Lope describe de esta suerte los tiernísimos afectos amorosos de un ganadero:

Por verte á tí, señora,
saldré cuando te corra las cortinas
al rubio sol la aurora,
siguiendo sus pisadas peregrinas;
y en viendo las estrellas
solo las miraré por verte en ellas.

Traeréte muchas veces
el conejuelo tímido y medroso;
y viendo que me ofreces
gracias debidas á mi amor forzoso,
con pecho mas sencillo
te traeré el amoroso cabritillo.

La tórtola en el nido
y el escamoso pez en el anzuelo,
el madroño teñido
con la escarcha qua arroja el duro suelo;
que cosas semejantes
son en amor zafiros y diamantes.

Daré un golpe á la puerta,
y tú, que velarás por aguardarme,
con una lé despierta
llegarás muchas veces á abrazarme,
y dirás como amas:

No des tan recio, que en el alma llamas.

El espíritu de Lope de Vega, acostumbrado á ejercitar la virtud y á hallar en todo bellezas, no se contentaba solo con encontrarlas en los campos, en los jardines y en las selvas, ya en las delicadas flores, ya en el cantar de las sencillas aves, ya en las masas corrientes de los arroyuelos, ya en las sombras y fresuras de las silenciosas florestas, Lope se trasladaba con el pensamiento á la rústica casa de un labrador, y describe admirablemente y con un entusiasmo singular la riqueza de los frutos naturales, depositados en aquel albergue. Véase la descripción que se lee en su comedia intitulada *El vaquero de Moraña*:

Algun año sea tan bueno
en tierras propias y extrañas
que seguemos con guadañas
como en los prados el heno:
vístase el prado librea
con la yerba cada hora;
vierta aquí su copia Flora,
y su abundancia Amaltea;
rompa del aire los fillos
las cañas de los barbechos,
y toque el trigo los techos
en las trojes y en los silos.

No solo en siega, en vendimia
os dé el cielo tal tesoro,
que hagais los vasos de oro
que agora tenéis de alquimia.

Ya que el agosto repose
pisen para vuestras cubas
vuestras gentes tantas uvas
que todo el mosto rebose.

Y de manera se huelguen
con las uvas vuestras casas,
que aunque muchas hagais pasas
muchas por los techos cuelguen.

Por los pezones y cabos
cubran con color pajizos
los melones invernizos
de vuestra casa los clavos.

Sirvan colmos á montones
de membrillos ó granadas
en vuestros techos colgadas
de dorados artesones.

Sin rectitud y gobierno
de reales pesadumbres
vuestras ahumadas techumbres

cojan de fruta de invierno.

Sirvan á vuestras familias
costales de verdes nueces
para acabar tras las penas
los viernes y las vigillas.

Hijos tambien os reserve
esta campaña vecina,
que afeitados con barcina
enjugo el pecho y conserve.

Mítice estas huertas luego
la berengena morada,
la verde col arrugada
como pergamino al fuego.

Echad por mayor delceto
en la postrer vez alguna
en adobo la aceituna
y los quesos en aceite:

Que yo, siguiéndoos á vos,
daré en mi rústico modo
gracias al dueño de todo;
que dueño de todo es Dios.

Sin embargo, Lope de Vega, á pesar de la pureza de su alma, no manchada con los vicios que afeaban las costumbres de sus contemporáneos, como buen autor dramático supo retratarlas admirablemente, incluyendo á todos, desde Felipe II, castizador de su hijo D. Carlos, y de Juan de Escovedo hasta las busconas y rufianes que vivían de la estafa y en los mayores crímenes.

Para describir la muerte de Juan de Escovedo, secretario de don Juan de Austria, dada por Antonio Perez de orden de Felipe II, y para afear la persecucion que hizo este soberano á su privado por haber ejecutado sus disposiciones, compuso Lope de Vega su tragedia intitulada *La Estrella de Sevilla*. Tal se cree por algunos críticos en vista de la semejanza de los sucesos en ella referidos con los que admiró el mundo durante el reinado de Felipe, y considerando que la accion de esa tragedia se fingió en el reinado de D. Sancho el Bravo, tiempo del cual no se conserva noticia alguna igual tocante á Sancho Ortiz ni á la familia antigua sevillana de los Jaherás.

Tambien Lope en el reinado de Felipe III compuso otra tragedia con el titulo de *El castigo sin venganza*, donde un duque ideal de Ferrara manda matar á su hijo por tener amores con su madrastra: accion en que la corte de Madrid vió retratado al príncipe D. Carlos, á Isabel de Valois y á Felipe II, según las voces que corrian entonces acerca de este suceso fuera de España. La tragedia al siguiente día de su representacion fué prohibida.

Lope de Vega, para pintar la sociedad española de su tiempo, recorrió todos los estados, y al fin desde los palacios descendió á las viviendas de las busconas en su comedia *El anzuelo de Fenisa*, y á la de los bribones en *El Rufian Castrucho*.

Pero aunque Lope de Vega se dejase arrastrar de su deseo de describir las costumbres de su siglo, y las describiese con negros colores, nunca fueron tales que igualasen al horror de ellas. Por eso en todas las comedias de Lope, sean cuales fueren sus asuntos, siempre se vé al alma pura de su autor en las bellas pinturas de la naturaleza, y en la delicada expresión de dulcísimos afectos.

En nada se puede contemplar mejor el raudoroso espíritu de Lope de Vega, que en el carácter de las mujeres de sus comedias. Así como Calderon pinta las suyas, infelices é impecables, pero activas, Tirso de Molina bellacas cuanto da de sí la malicia, y Montalvan mas vehemientos de lo que permite la modestia, Lope las retrata apasionadas y afectuosas con una ternura llena de encantos y atractivos.

Lope de Vega en sus escritos revela, pues, las bondades de su alma y la sencillez de sus costumbres.

ALFONSO DE CASTRO.

A FERNAN CABALLERO.

Hombre por la sublimidad de vuestros conceptos; mujer por vuestra ternura y sensibilidad en espresarlos; quien quiera que seas, hombre ó mujer, escusad mi libertad, y permitid que un desconocido se atreva á poner bajo la protección de vuestro nombre suplicado, según dicen, las agonias y la miseria de una madre injustamente perseguida por la suerte, aunque resignada humildemente á las sentencias de la providencia divina. Vuestros cuentos y novelas os han dado un

mercado apricia entre las personas de buen gusto y conocida inteligencia, y muy pronto, no hay que dudarlo, harán vuestro renombre tan popular y conocido, que á no poner bajo vuestro amparo las acciones de seis heróicas, temiera con fundamento que ni hubiera sido toda en relación ni compadecida su desgracia.

Cielos salvados con este modo tan solo: vos que con tan fácil pluma salieris los vicios que sabe inculcarlos suavemente la incredulidad, y exaltar la virtud, ¿rehusaréis, acaso, una lágrima de compasión por mi doña Sinfrosina, un acento de desprecio por el es-paño enriquecido, y una expresión de simpatía por la bella Lucía?

No lo creó así, á juzgar por vuestros interesantes escritos, ni mucho menos que vuestra fama de escritor instantáneamente adquirida desrobe la modesta producción de una pluma mal cortada, de un autor novel.

Reiterando mis excusas, me ofrezco siempre, señor Fernán Galabier, como vuestro más atento admirador y S. E. Q. V. P. á M. B.,

Luis MUQUEL y BOCA.

MISERIA Y VIRTUD

Lo que voy á publicar no es un ensueño, ni una fábula, ni un cuento: es la relación de uno de esos dramas, desgraciadamente tan comunes en el mundo, que pasan en medio de los festines y saras de una sociedad indolente, ó veceios tal vez de las risas é impudencia de sus orgias: dramas que, á conocerlos profundamente, estremecerían y nos harían avergonzarnos de nosotros mismos ante el grito de nuestra conciencia, ó mas bien de nuestra indiferencia criminal.

¿Cuántas veces pasan junta á nosotros hombres y mujeres al parecer contentos con su suerte, y que sin embargo si dijéramos nuestras vidas en las ligeros arrugas de su rostro, ó en su tez descolorida, y en el palido atribulado á una noche pasada en los saras y plateros, encontraríamos el hambre, la necesidad y la desgracia! ¿Y cuántas veces estreñan los poderosos y felices de la tierra manos que se levantan para imponer su caridad, y que no obstante se contoran sus crímenes y balbucean sus tibias palabras diferentes de las que iban á comenzar, ahogados por el rubor de la vergüenza!

¿Cuántas veces mira una mujer, cuando por hacer algunas proporciones algunos maravillosos é inteligentes, que sin las almas que le ligas son cada día salvando que habían gran mundo, hunde sin reparo alguna su mano descajada al oteño transeunte, que cuando movida de un sentimiento secreto alivia misteriosamente grandes males, y mantiene el limpio barniz de una posición á esta privilegiada con los reverses de la suerte! ¡No está, no, la virtud en poder, ni más espuesta la virtud á las puertas de los templos ni en las esquinas de las calles; ni es mas agradable al Eterno, ni es mas justo de todos nuestros pecados, el alivio dado á los trabajos del mundo conocido, que el alivio ofrecido con delicadeza al pobre que lucha con la angustia, si esto puede hacerse alguna vez, en su vida y privaciones!

La sociedad, el mundo, el poderoso es egoísta! Tal vez esta atención sea dura en extremo y falta de exactitud. No; la sociedad, ni el mundo, ni los poderosos son egoístas, ni se halla enteramente cerrado su corazón á los quejidos lastimeros de la miseria. Filiales solo sinceramente en sus acciones, deseo de borrar la necesidad para aliviarla, y obsequio bastante para saber ocultar en el fondo de su corazón sus beneficios; no porque se niegue una mano para á llevar el consuelo á la indigencia cuando ésta se decide, después de grandes combates consigo misma, á reclamarla; no porque rehuyan, antes bien procuran adquirir á toda costa la fama de caritativos y filantropos, sino porque sus comodidades y sus gozes tienen tan bien acordada su existencia, que el alma ni el sentimiento de hacer el bien tiene bastante vigor para arrojarse del método tranquilo de su vida y subidos á sus mismas bohordillas, casi para presenciar espectáculos que tienen su sensibilidad herida y turban el curso limpio de su pacífica existencia. Además el *orden de las sociedades* no exige que el pobre sea siempre el que haya de ir á buscar al rico como el esclavo en busca de su señor? Dícele en buen hora el modo de ejercer la caridad; preséntensele desnudos que pueda abrigar con los despojos de su ropa, y hambrientos cuya necesidad apremiante pueda remediar por pocos dias; ¿cuántas veces! pero obligarle como mas conveniente y grande que solo por una ómnipotencia política, y llegar al cabo de mil vueltas á tropezar con una bohordilla tan distante de sus vastos y entapizados salones, viéndolo en ella medio consumido por la necesidad á gentes que en otro tiempo fueron para el mundo tanto como él y vieron mas; esto ¿puedo? es mas que sobrehumanas virtud, y este no es ciertamente tiempo de sublevarse á rebeldes ni de lenta emancipación.

En verdad que ando perdido en demasía en mis reflexiones; y como

no es no curso de moral cristiana el que trato de escribir, paso, sin otras digresiones, á referir el hecho.

Corría el año de 1858. En una de las calles mas apartadas del centro de la hermosa villa y céntrica vivía en el quinto piso de una casa de pobre apariencia una jóven tan modesta cuanto hermosa, y que por esta última cualidad, escollida en ciertas ocasiones, se había atraído las miradas de cuantos la veían, junto con su madre, venerable matrona de distinguidos modales, y que, aparte las arrugas de su frente y algun hundimiento en sus mejillas, fácilmente se conocía habia sido en sus tiempos el vivo retrato de la cara ahora tan adormida en su hija; viuda de un antiguo magistrado de cierta audiencia, la pobre matrona no tan solo habia gozado gran reputación de belleza y de fidelidad conyugal á las venerables casas de su justificado esposo en la ciudad donde estaba situado el tribunal donde radicaba, sino tambien en Madrid, donde negocios de familia, pues de la corte procedía, la habían llamado en dos distintas veces, viniendo siempre acompañada de su esposo, á veces dos veces que en su larga carrera habia pedido con los graves motivos real licencia.

En el año que heimos notado arriba, la virtuosa señora cuyo nombre de familia me reservo, hacia ya tres que se hallaba viuda: su esposo no habia podido sufrir con impasibilidad estóica el que se le separase sin justo motivo de un puesto que habia desempeñado con tanta honradez, y después de una larga enfermedad en la que se agotaron los recursos con que contaban, sucumbió al fin, dejando entregadas á la necesidad y á la miseria á su viuda é hija, desconsoladas, sin mas amparo, como suele decirse, que el de Dios. En otros tiempos, menos civilizados que el presente segun dicen, los magistrados y demas empleados públicos, si no bien retribuidos, exactamente pagados, no se contaban de hacer *erandias* en sus sueldos propios, tanto por no encontrarse entonces las *adelitas* que se han inventado después, cuanto porque el que servia fiel y honradamente su destino estaba seguro que no sería despojado de él. Al presente es otra cosa.

Quedaron, pues, solas y desamparadas la madre y la hija, porque los pocos amigos que restaban al oír después de su destitución, fueran unos en pos de otros abandonando el campo, temerosos de qué con la apremiante necesidad que muy pronto iba á acosar á la viuda y heredera del que en otro tiempo habían adulado y encañado su mérito, fuesen ellos los que le vieran que olvidar tanta amargura, sopeña de ser tachados de mal nacidos. Así va el mundo; mientras el sol de la fortuna calienta, todos acuden á disfrutar de sus rayos; cuando llegue una nube que lo cubra, y pronto verá tornarse en contrarios sus mayores encomiadores. El Salvador del mundo tambien fué negado por el mayor de sus discípulos al tiempo de su desgracia.

Duchas tan solo de un modesto ajuar, la madre y la hija, mas adoctrinadas que lo estaban todavia por lo que vieran en otros, con su propio desengaño, se redujeron á la mayor estrechez, tanto por disminuir los alquileres de la habitación, cuanto que podían en otra mas reducida deshacerse de algunos muebles innecesarios, y aun de los demas efectos que no les fueran absolutamente precisos.

A la sobrada libertad de los inquilinos habia sucedido por aquellos tiempos la limitada autoridad y derechos que se dicen á los propietarios de las casas; y como por otra parte la cruda guerra que se hacían, no tan solo en los campos, sino tambien en las ciudades, los diversos partidarios de órdenes de cosas é intereses diversos tambien, habían atraído á Madrid, como el centro de la península, una considerable afluencia de forasteros que se consideraban mas seguros dentro de sus muros, aunque débiles, que en los pueblos y ciudades donde se desarrollaban con mas furor las enemistades, las ódios y los venganzas particulares, obligó á doña Sinfrosina (que tal era el nombre de la madre) á dejar su piso segundo, donde perdiera el ajuar y arrimo de su esposo, para recogerse con su hija en una bohordilla de una de las calles lejos del centro y del bullicio que por aquella época y casi á todas horas tenia agitados los ámbitos de los cuarteles mas populosos de la corte.

Instaladas allí, y sin mas recursos para mantenerse que el producto que podían darlas algunas ahijadas que las quedaban, restos de su antiguo bienestar, fué preciso que para no verse apuradas por el hambre, que se acercaba á pasos agigantados, tratasen de buscar algun auxilio con el trabajo de sus manos que pudiera alargar el plazo fatal que, sin la caridad cristiana, pasase aquel peligro. Desgraciadamente, y como los males nunca llegan aislados como es tan cierto y se halla consignado en un *reban valdear*, la vida del oír habia corrido tanto, y tanto apurada durante la enfermedad de su esposo, que apenas habia pasado el tiempo de poder sufrir con paciencia su desgracia y resignarse á los decretos inescrutables de la divina providencia, cuando al amanecer un día, habiéndose acostado la víspera con sus vista clara y despejada después de enromandarse á Dios y su santa Madre, como tenian de antiguo costumbre, amaneció ciega, enteramente ciega. La pobre señora habia sido acometida de una fatal e horrible gota serena.

Querer piatar aquí cuál sería el dolor de aquella anciana madre que veía cerrados para siempre sus ojos á la luz, sin poder contemplar ya mas las facciones de su querida Lucia (que así se llamaba la hija), lían su mente de los presentimientos mas funestos acerca de su suerte; sola y abandonada por todos, y sin poder ayudarse en nada para prolongar en cuanto posible fuera su penible existencia, sería rebajar la expresion de este sentimiento cruel: las penas del corazón es preciso sentirlas parz conocérlas: los dolores de una madre no tienen semejanza. Lucía, al ver á su madre los ojos fijos, pero sin mirar, con esa serenidad aparente que imprime el desquicioamiento del corazón, lloraba y se abrazaba con su madre como si fuera á perderla; doña Sinfarosa quería hablar para tranquilizar á su hija, pero se la anudaban en la garganta las palabras. Aquellos momentos eran terribles; y sin la religion que tan buen cimiento tenía en sus almas, fiel y aun muy natural era que hubieran acabado con su sufrir privándose de sus vidas. El dolor aislado es la mas terrible de las agonías humanas.

—Animo, querida Lucia mia, la decía la madre pasados los primeros terribles momentos; Dios no nos abandonará: si en adelante no pueda ayudarte en tus faenas como teníamos proyectada, tú serás mi guía y me acompañarás en busca de tu trabajo; yo lo imploraré por tí, y creo que aun hay almas buenas que se apiadarán de nuestros sufrimientos. Sé ante todo viéuosa, y abraza conmigo esta nueva cruz que el cielo nos envía; Dios es el padre de las viudas y de las huérfanas, y no nos dejará perecer.

—Ay madre mia! contestaba la afligida doncella, que todos nos traen vuelta la espalda y se burlarán de nuestra desuadéz; y si alguno en el primer momento se apiada, pronto, muy pronto arrojará de sí esta carga que le parecerá pesada en demanda. La única gracia que pido á Dios es que no me deje sola en el mundo.

—Cómplase siempre su santa voluntad, interrumpia la madre; él solo sabe lo que nos conviene.

Pero el cielo que nosotros vemos tan sensible á veces, parecia entonces insensible á tanto mal: juntas la madre y la hija, apoyada aquella en los brazos de esta, recorrieron los talleres y las casas de algunos poderosos en busca de obra; y como en los primeros tenían ya sus oficiales y aprendices de quienes, por una módica retribucion, sacaban un gran producto, y las segundas no conocian los primeros que pudieran salir de aquella desconsolada indigente, y la mayor parte de entre ellas hacian, y aun, por desgracia, habian alarde de ostentar sobre sus pechos las labores estrangeras, únicas que, segun ellas, reúnen el mérito y la elegancia, es lo cierto que encontraron apenas nuestras dos víctimas un pequeño auxilio en los primeros tiempos, auxilio que fué disminuyéndose poco á poco por cuanto eran muchas, muy relacionadas y protegidas las que se dedicaban á la misma clase de trabajo que Lucia, y á esta y á su madre les faltaban enteramente relaciones y proteccion. Así es que muy pronto se vieron precisadas á implorar la pública caridad.

Para las gentes que nacidas en las privaciones y la necesidad, lo sorprendente de esta las hace tender una mano temblorosa para pedir al que pasa un sororro, no es tan sensible este acto, aunque siempre humillante y duro, como á los que, nacidos y criados con todas las comodidades que el mundo y la sociedad ofrece, los vaivenes de las estadns y revoluciones les arrojan á la arena de un mundo desconsolidado para ellas; para tales es el acto de colocarse en las esquinas y soportales, cubierto el rostro, buscando sus mejillas descoloridas dos arroyos de lágrimas abrasadoras y con voz mudo apagada esclamar, «una limosna por Dios,» se halla precedido de tanta irresolucion, de tanto sufrimiento y penalidades, y de tanto dolor, que es menester que el hambre sea mucha y los recursos para sacarla ninguno, absolutamente ninguno, para decidirse á arrostrar esa vergüenza pública y esas miradas impertinentes que suelen añadir el insulto á la grosería. Tan solo un principio religioso de gran mérito ante el trono del Altísimo puede hacer acallar la voz del orgullo y de la vanidad, y preservar á las mujeres del vicio y á los hombres del arrian; principio y efecto en otra vida mejor y sobre todo de mas equidad y justicia que nunca estará bastante comentado en nuestros corazones, y que hoy desgraciadamente se halla sobrado olvidada y aun desconocido. Sin esa creencia íntima, sin esa persuasión del alma, ¿qué sería ni podria ser de los que sufren! No es la desesperacion y tras la desesperacion el crimen su inmediato resultado?

Doña Sinfarosa y su hija, despues de grandes rumbales é irresoluciones, viendo que ningún recurso les quedaba para sostener hasta el último momento su trabajada existencia, se resolvieron al fin á acogerse á la pública caridad.—Hija mia, decía la ciega anciana, al notar la casi desesperacion que se apoderaba de su hija; conformémonos con esta nueva prueba de nuestra fé: nos hemos visto acomodadas y fasteadas, y ahora nos encontramos pobres y abandonadas; cómplase siempre la voluntad del Señor. Tu pobre padre murió resignado al ver la triste suerte que nos esperaba; ¿por qué no lo imitamos nosotros de resignarnos á la que el cielo dispone?

Peró la jóven doncella en quien los tres lustros de existencia hacian una fuerte lucha de sus pasiones, y en los que precisamente porque nunca se habia visto en aquel estado habia de ser mas indomable el poder de su orgullo y amor propio, resistia cuanto podia con indignaciones el empeñer la carrera de la mendicidad vergonzante; mas por obedecer á su buena madre que tanto la amaba y aconseja del hambre por fin, salieron ambas una noche, cubiertas con su tupido velo, á situarse junto á los portales de la plaza Mayor, á fin de que medio protegidas por la sombra de las columnas, pudiesen ocultar mas cumplidamente sus facciones. ¡Oh! y cuán agudos dardos, cuán punzantes memorias, cuántos recuerdos dolorosos agitaban á la pobre anciana cuando su hija le decía el sitio en que se encontraban, y muchas veces las personas que pasaban junto á ellas y á quienes alargaban una mano tímida, pidiendo con voz entrecortada una limosna á esta pobre ciega, que Dios se lo pagará... recibiendo muchas veces, si no una mirada de desprecio de algunos que antes se mostraran sumisos y solícitos, un seco. «Dios ampare á V.» Eran las heces de amargo acibar del caliz de su pasion, y la madre y la hija lo apuraban entonces hasta su última gota.

Peró no; las faltaba todavia apuravíonlas: el martirio del corazón es mas grande y mas doloroso que el martirio del cuerpo; este puede cortar la vida en un momento cesando de sufrir; aquel se despedaza por grados, y se debilita pausadamente, y antes de sucumbir enteramente, lucha y pelea con las mil pasiones de nuestra débil humanidad que secundadas por la esboza, torturan hasta lo infinito cuanto puede ser torturado en nuestra alma. Léngase tal vez despues de mil golpes repetidos, de desengaños crueles á la posicion, á la indiferencia; pero antes de llegar á estas hecimas del idiotismo, ¿cuánto sangre no ha derramado gota á gota el corazón!

Las noches primero, los días despues, vieron á las dos intrincadas víctimas ir de puerta en puerta y con voz apagada y esquitando la voz pedir el sustento de aquel día; pero las fuerzas se agotaban, y algunos impertinentes, oprobio de sí mismos, habían lanzado ya alguna base poco decorosa al pasar si descubrian por rara casualidad el angelical rostro de Lucia; la madre se estremeció al escuchar tanta audacia, y entonces mas que nunca sintió la pérdida de su vista. ¡Oh! ciertamente: los ojos perecieron de una madre dedicada el aliento ponzoñoso que la infancia y la maldad quieren arrojar sobre la faz de las hijas! Pobres jóvenes cuando las falta la proteccion íntima, por el efrazamiento postro de una madre!

(Se concluirá.)

Luis NIQUEL y ROCA.

Platon, cuando forma una republica, dice tambien: que las primeras leyes que debian establecerse para conservarla eterna, eran aquellas que pertenecian al culto divino, porque no hay fuerzas, no habian ni humana podencia que mas aumente los vicios y maldades, como el cuidado de las cosas pertenecientes al servicio de Dios.

GEROGLIFICO.

